

CARTA ABIERTA AL BLOQUE DE UNIDAD Por una educación maravillosa

Guillermo Mariaca Iturri

No es nada fácil identificar a los responsables de la profunda crisis educativa boliviana. No lo es porque son componentes fundamentales de dos mitos históricos: el Código de la educación de 1955 que se sostuvo en la democratización (todos deben tener derecho a la escuela); la Ley Avelino Siñani Elizardo Pérez de 2010 que se diseñó como descolonizadora y productiva (la escuela debe generar equidad). Las dos leyes se han concentrado en el acceso y la cobertura; hoy la cantidad de estudiantes inscritos en la escuela está alrededor del 90% y hemos alcanzado un índice de desarrollo humano medio (0,698). La paradoja es que todos los indicadores que sitúan a Bolivia en un lugar alto respecto a los objetivos de Educación para Todos de la UNESCO (0.950) - incluyendo, por ejemplo, que en 2012 el 95% de los docentes de educación básica estaban certificados lo que nos ponía en el 4to. lugar en América Latina y el Caribe- ignoran nuestra pésima calidad educativa. Y, por consiguiente, dado que el Ministerio de Educación se ha limitado a cuantificar esos objetivos, cualquier posibilidad de desarrollo productivo y democrático nacional no se sustenta en la finalidad fundamental de la educación: hacer posible la igualdad de oportunidades.

El Código de 1955 y la Ley de 2010 son las causas de nuestra tragedia contemporánea porque han ideologizado la escuela y han sindicalizado la docencia. Por consiguiente, como la educación no está concentrada en el aprendizaje de los estudiantes sino en el interés partidario y la corporación docente, depende del gobierno de turno. Esto ha generado un incremento de la educación privada básica y universitaria y su consiguiente inequidad con una significativa brecha de calidad entre la escuela urbana y la rural y la concentración universitaria en las tres ciudades del eje. Pero como la educación pública básica alberga al 90% de los estudiantes y la universidad pública lo hace con el 80%, en la mediocridad de estas instituciones radica la explicación de nuestra pésima calidad. Aunque siempre debe hacerse notar que existen honrosas excepciones pero no puedan compensar el peso de la costumbre de la mala educación.

Algunos datos nos dicen dónde estamos y en qué andamos:

En 2019 el BID encontró que “Aproximadamente el 82% de los trabajadores que reportaron no tener educación formal o solo terminaron la educación primaria se encuentra en los dos niveles más bajos de comprensión lectora, mientras que este porcentaje es de 58% para aquellos que alcanzaron secundaria o tienen un nivel técnico y de 23% para los profesionales”. Nótese, una cuarta parte de profesionales de las tres ciudades del eje apenas pueden descifrar literalmente un texto; no son capaces de inferir, evaluar o derivar conclusiones que vayan más allá de la información explícita.

En 2020 la UNESCO publicó los resultados del Diagnóstico nacional de Bolivia sobre la base de los hallazgos del trabajo de campo realizado en 2017. El siguiente cuadro muestra dos consecuencias: la educación pública está 40 puntos por debajo del promedio latinoamericano que es de 700 puntos y la educación privada 50 puntos por encima de ese promedio.

PRUEBA	ESCUELA PÚBLICA	ESCUELA PRIVADA
Lectura 3º grado	653	754
Matemática 3º grado	659	751
Lectura 6º grado	645	748
Matemática 6º grado	653	766
Ciencias 6º grado	652	740

La Campaña boliviana por el derecho a la educación publicó en 2024 su Situación de la educación en Bolivia. Cito dos párrafos:

“En los últimos diez años se ha observado un incremento importante en el acceso a la educación universitaria. En 2020, la tasa bruta de matriculación (TBM) entre 18 y 22 años para áreas urbanas era de 91 %, mientras que, en el área rural, esta proporción era 71 puntos porcentuales más baja, es decir, llegaba al 20 %. En 2013, la TBM para los indígenas era de 44 % y de 77 % para la población no indígena, lo que implicaba una brecha de 31 puntos porcentuales. Diez años después, esta brecha alcanza a 42 puntos porcentuales. El acceso al nivel universitario beneficia mayormente a los estratos medios y altos de la distribución del ingreso. En 2022, la TBM para el estrato más rico supera el 100% en todos los años, mientras que en el caso del estrato más pobre no sobrepasa el 30%.

La eficacia del sistema universitario es baja. La tasa de graduación entre la población de 25 y 29 años para 2022 señala que solo el 51 % de las personas que tuvieron contacto con la educación universitaria lograron terminar sus estudios universitarios dentro del tiempo estipulado, siendo esta tasa más alta entre las mujeres (60%) que entre los hombres (41%)”.

El informe PISA 2022 (Programa para la Evaluación Internacional de Estudiantes) establece que América Latina se ubica en la mitad inferior del ranking global de calidad educativa en Matemática, Lectura y Ciencia. Sobre 600 puntos posibles el promedio PISA es 472; Chile alcanza 410 puntos y Paraguay, el peor, 330. Por consiguiente, la región tiene un rezago educativo de cinco años en referencia al promedio PISA y Paraguay, específicamente, tiene un rezago de siete años. (PISA estima que 20 puntos en calidad educativa son equivalentes a un año de rezago educativo asociados a la incapacidad de los estudiantes para aplicar conocimientos básicos en situaciones reales y marcando una brecha de habilidades productivas). Bolivia, con seguridad, anda por el fondo; algo que se confirmará cuando ingresemos a PISA.

El resultado de 70 años de aplicación de nuestras dos principales políticas educativas es exactamente lo contrario de sus objetivos: no hemos producido ni democracia ni desarrollo ni ciudadanía. Porque nuestra educación no genera igualdad de oportunidades.

Hoy se sabe que las variables que determinan la calidad educativa son la formación docente para la educación básica y un muy alto porcentaje de catedráticos con postgrados de alta calidad para la educación superior. Otras variables, claro, son también importantes (la digitalización, el gasto por estudiante, la distancia con los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos). En todos estos ámbitos estamos mal pero muy mal. Y como, además, la medición de

calidad no forma parte de nuestra institucionalidad sospechábamos pero no teníamos certeza del desastre. Hoy no hay duda. Bolivia es un país con una inequidad estructural y una pésima calidad educativa escolar y universitaria como lo prueban las afirmaciones anteriores. Esa realidad, por consiguiente, no hace posible un diseño ni una gestión innovadoras de políticas de desarrollo económico, desarrollo democrático ni desarrollo humano.

Es hoy. Ahora es cuando necesitamos que una primera generación de bachilleres y doctorados se gradúe como masa crítica en 2050 convertida en un modelo ante la que será todavía una mayoría con insuficiente calidad en las escuelas y universidades. Necesitaremos, obviamente, una primera gestión 'Singapur' y, gradualmente, generar una gestión 'Finlandia' con una perspectiva de educación a lo largo de toda la vida.

La gestión 'Singapur' tendrá que concentrarse en una potente intervención estatal que, gradualmente, vaya haciendo posible una autonomía educativa 'finlandesa'. Es decir, requeriremos inmediatamente que los mejores profesionales formen una masa crítica de docentes para las escuelas en cuatro grandes campos -razonamiento verbal, razonamiento lógico, inteligencia emocional, inteligencia corporal- durante los siguientes seis años. Que ese grupo de viejos y jóvenes educadores diseñe la nueva escuela y la nueva política de formación docente que establecerá que para ingresar a la Universidad Pedagógica se deberá pertenecer al quintil superior en el examen de bachillerato y obtener, cuando menos, una maestría en la especialidad a la que se postulará en un concurso nacional. Requeriremos, simultáneamente, convocar a los mejores investigadores y profesores universitarios para diseñar la nueva universidad que, entre otros requisitos y en un plazo prudente, deberá establecer que para ser catedrático se debe contar necesariamente con un doctorado. Y, al mismo tiempo, durante el primer gobierno del renacimiento democrático, gestionar la primera fase de esta tan compleja transición. Así podremos pasar del Estado docente a la sociedad educativa durante los siguientes 25 años.

El diseño de esta política requerirá una voluntad extraordinaria del primer gobierno del Bloque de Unidad porque deberá convocar a una élite intelectual, a un grupo de académicos de punta que esté comprometido con el diseño y la gestión inicial de la nueva política educativa. Esa élite, sin embargo y muy rápidamente, tendrá que renunciar a la amenaza de su reproducción; deberá diluirse en la democracia. Algo que, obviamente, es muy difícil en un país como el nuestro tan adicto al ejercicio del poder por lo que, para que asegurar la confianza, habrá que constitucionalizar su límite -o, cuando menos, legislarlo- para prevenir esa ambición demasiado humana.

Esos momentos éticos extraordinarios del levantamiento de 1781 de Tupaj Katari, las republiquetas que produjeron la Proclama de la Junta Tuitiva en 1809, la revolución de abril de 1952, la conquista democrática de agosto de 1982 y la rebelión del movimiento ciudadano de 2019 pueden hacernos confiar en lo mejor que fuimos. Y, ojalá, en la epopeya de lo que podríamos ser. Porque lo mejor que podremos ser no dependerá de una rebelión política sino de una educación maravillosa.